

Cesare Pavese (1908-1950)

El inconsolable

El sexo, la ebriedad y la sangre remitieron siempre al mundo subterráneo, y a más de uno prometieron felicidades ctonias. Pero el tracio cantor Orfeo, peregrino en el Hades y víctima lacerada como el mismo Dionisio, prevaleció.

(Hablan Orfeo y Bacante)

ORFEO.- Sucedió así. Subíamos por el sendero que cruza el bosque de las sombras. Ya estaban lejos el Cocito, la Estigia, la barca y los lamentos. Por entre las hojas se vislumbraba la claridad del cielo. A mis espaldas oía el rumor de sus pasos. Pero yo estaba aún allá abajo y sentía aquel frío. Pensaba en que un día volvería a ese sitio, que lo que ha sido será todavía. Pensaba en mi vida con ella, como antes lo fue. Que de nuevo acabaría. Lo que ha sido, será. Pensaba en aquel hielo, en aquel vacío que había atravesado y que ella llevaba en los huesos, en el tuétano, en la sangre. ¿Valía la pena vivir de nuevo? Lo pensé al vislumbrar la claridad del día. Entonces, dije: "Que se acabe", y me volví a mirarla. Eurídice se extinguió como la llama de una vela. Sólo escuché un chillido, como de ratón que huye.

BACANTE.- Qué extrañas palabras, Orfeo. Apenas puedo creerlo. Aquí decíamos que eras el amado de los dioses y de las musas. Varias de nosotras te siguen porque te saben infeliz y enamorado. Tan enamorado estabas, que —único entre los hombres— cruzaste las puertas de la nada. No; no lo creo. No eres culpable de la traición del destino.

ORFEO.- Aquí nada tiene que ver el destino. Mi destino no traiciona. Resultaría ridículo que después de ese viaje, después de haber visto cara a cara la nada, me hubiese vuelto por error o capricho.

BACANTE.- Aquí se dice que fue por amor.

ORFEO.- No se ama a quien ha muerto.

BACANTE.- Sin embargo, la has llorado en montes y colinas, la has buscado y llamado, descendiste al Hades. ¿Qué significa esto?

ORFEO.- Dices que eres como un hombre. Entonces debes saber que un hombre no sabe qué hacer con la muerte. La Eurídice que he llorado era una estación de la vida. Allá abajo yo no buscaba su amor, sino algo muy distinto. Buscaba un pasado que Eurídice no conoce. Lo comprendí estando entre los muertos mientras cantaba mi canto. He visto entumecerse las sombras al ver el vacío, cesar los lamentos, a Perséfone ocultando su rostro y al mismo tenebroso Hades inclinándose como un mortal para oírlo. Comprendí que los muertos son nada.

BACANTE.- El dolor te ha trastornado. ¿Quién no querría revivir el pasado? Eurídice casi había renacido.

ORFEO.- Para morir otra vez, Bacante. Para llevar en la sangre el horror del Hades y temblar conmigo día y noche. No sabes lo que es la nada.

BACANTE.- Y así tú, que cantando habías redimido el pasado, la rechazaste y destruiste. No; no puedo creerlo.

ORFEO.- Compréndeme, Bacante. Sólo en el canto fue un pasado verdadero. El Hades se vio a sí mismo únicamente al escucharme. Al subir por el sendero empezó a desvanecerse ese pasado, convertíase en recuerdo, tenía el sabor de la muerte. Cuando me hubo alcanzado la primera claridad del día, me alborocé sólo por mí, por el mundo de los vivos. La estación que buscaba permanecía allí, en aquella claridad. Nada me importó ella, que me seguía. Y me volví a verla.

BACANTE.- Orfeo, ¿cómo pudiste resignarte? Horrorizaste a quien te vio regresar. Eurídice fue para ti una existencia.

ORFEO.- Tonterías. Al morir ella, se transformó en otra cosa. El Orfeo que descendió al Hades ya no era ni esposo ni viudo. Mi llanto de entonces fue como el llanto de un joven, que nos hace sonreír al recordarlo. Al llorar yo no la buscaba a ella, sino a mí mismo. Un destino, si quieres. Me escuchaba a mí mismo.

BACANTE.- Muchas de nosotras van detrás de ti porque creen en tu llanto. ¿Quieres decir que nos engañaste?

ORFEO.- Oh Bacante, Bacante, ¿en verdad no quieres comprender? Mi destino no traiciona. Me busqué a mí mismo. No buscamos otra cosa.

BACANTE.- Aquí nosotras somos más sencillas, Orfeo. Aquí creemos en el amor y en la muerte, y lloramos y reímos con todos. Nuestras fiestas más gozosas son aquéllas donde corre la sangre. Nosotras, las mujeres de Tracia, no le tememos a estas cosas.

ORFEO.- Todo es bello si lo vemos desde el lado de la vida. Pero debes creerle a quien ha estado entre los muertos... No vale la

pena.

BACANTE.- En otros tiempos no eras así. No hablabas de la nada. Acercarnos a la muerte nos hace semejantes a los dioses. Tú mismo enseñabas que una ebriedad vence a la vida y a la muerte, y nos hace más que humanos... Tú has visto la fiesta.

ORFEO.- Lo importante no es la sangre, muchacha. Ni la ebriedad ni la sangre me impresionan. Es muy difícil saber qué cosa es un hombre. Tampoco tú lo sabes, Bacante.

BACANTE.- Sin nosotros serías nada, Orfeo.

ORFEO.- Lo dije y lo sé. Pero, ¿qué importa? Sin vosotras descendí al Hades...

BACANTE.- Descendiste para buscarnos.

ORFEO.- Pero no os hallé. Yo quería algo muy distinto. Lo que hallé al regresar a la luz.

BACANTE.- En otro tiempo le cantabas a Eurídice, en los montes...

ORFEO.- El tiempo pasa, Bacante. Existen los montes; Eurídice ya no existe. Estas cosas tienen un nombre, y se llaman hombre. De nada sirve invocar a los dioses de la fiesta.

BACANTE.- Tú también los invocabas.

ORFEO.- Un hombre lo hace todo en la vida. Lo cree todo en sus días. Hasta es capaz de creer que su sangre corre a veces en las venas de otros. O que se puede deshacer lo que ha sido. Cree conjurar al destino con la ebriedad. Todo esto lo sé, y es nada.

BACANTE.- No sabes qué hacer con la muerte; tu pensamiento es muerte y nada más. En otros tiempos, la fiesta nos hacía inmortales.

ORFEO.- Gozad con vuestra fiesta. Todo es lícito para quien nada sabe todavía. Es necesario que cada quien descienda una vez a su propio infierno. La orgía de mi destino terminó en el Hades, se acabó cantando la vida y la muerte, según mi costumbre.

BACANTE.- Un destino no traiciona... ¿Qué quiere decir esto?

ORFEO.- Quiere decir que está dentro de ti, que es cosa tuya; más profundo que la sangre y más allá de cualquier ebriedad. Ningún dios puede tocarlo.

BACANTE.- Es posible, Orfeo. Pero nosotras no buscamos a ninguna Eurídice. Entonces, ¿cómo es que también nosotros descendemos al infierno?

ORFEO.- Cada vez que invocamos a un dios conocemos la muerte. Descendemos al Hades a arrebatarnos algo, a violar un destino. No se vence a la noche y se pierde la luz. Nos debatimos cual obsesos.

BACANTE.- Malas cosas dices, Orfeo... Entonces, ¿tú también perdiste la luz?

ORFEO.- Estaba casi perdido, y cantaba. Al comprenderlo me encontré a mí mismo.

BACANTE.- ¿Vale la pena encontrarse de tal modo? Hay un camino más llano, el de la ignorancia y la dicha. El dios es como un señor entre la vida y la muerte. Nos abandonamos a su ebriedad, destrozamos o somos destrozados. Renacemos cada vez, nos despertamos, como tú, al llegar el día.

ORFEO.- No hables del día, del despertar. Pocos hombres lo conocen. Al igual que tú, ninguna mujer lo conoce.

BACANTE.- Quizá por esto te siguen las mujeres de la Tracia. Para ellas tú eres como el dios. Descendiste de los montes. Cantas versos de amor y de muerte.

ORFEO.- Tonta. Menos mal que contigo se puede hablar. Tal vez un día serás como un hombre.

BACANTE.- Si no es que antes las mujeres de Tracia...

ORFEO.- Dilo.

BACANTE.- Si no es que antes destazan al dios.

Nota

EN TODAS LAS CIVILIZACIONES sobrevive la raíz del mito. Volver la mirada a los antiguos mitos griegos movidos solamente por un interés estético parece irrelevante. En ellos podemos encontrar, como en los mitos de todas las civilizaciones antiguas, nuestras dimensiones psíquicas, expresadas mediante el propio lenguaje de la psique.

El presente texto forma parte de los *Diálogos con Leucó*, obra que no es una mera interpretación de los mitos griegos, sino también una especie de autobiografía en la que aparece representado por las grandes víctimas del destino. Es la penúltima de sus obras, la única que lo acompañó durante el periodo en que aumenta la obsesión de su "vizio assurdo" atizada en gran parte por los conocidos fracasos amorosos. Le aterra, más que el suicidio, la sospecha de obedecer únicamente una consigna del hado. El, como todos los personajes pavesianos, luchan inútilmente en contra de la fatalidad que los ata a ellos mismos, pero sin doblegarse ni aceptar ser lo que no son:

BRITOMARTE.- ¿Y tú la envidias?

SAFO.- No envidio a nadie. Yo quise morir. Ser otra no me basta. Si no puedo ser Safo, prefiero ser nada.

Es posible que Pavese coincidiera con las palabras de Salustio: "Los mitos son cosas que no sucedieron nunca, pero que existen." **LC**



Regresar al sumario

Volver a página principal

